

**DESCUBRIR AL DIOS DE LA MISERICORDIA:
LA EXPERIENCIA DE FE
DE UN SAMARITANO (Lc 17,11-19)**

*Elisa Estévez López
Universidad Pontificia Comillas*

*E. Estévez - F. Millán (eds.), Spī Deo
Gloria, Universidad Pontificia
Comillas, Madrid 2006, 143-157.*

El encuentro terapéutico que Jesús tiene camino de Jerusalén con diez leprosos (Lc 17,11-19), transmitido solo por Lucas, constituye una ocasión propicia para que el evangelista comunique una vez más a su comunidad cuáles son los rasgos de una persona auténticamente creyente. El samaritano que vuelve agradecido ante Jesús cuando se descubre curado es el paradigma de quien cree que el rostro del Dios de la misericordia se hace visible en Jesús, en sus palabras y en sus obras, también en sus curaciones.

Jesús se ha desvelado como misericordia sanadora a los diez leprosos y, sin embargo, el único que lo reconoce es un extranjero. El samaritano se vio a sí mismo vulnerable y vulnerado por el misterio y se abrió al Dios que se encarnó en Jesús agradeciéndole su ternura sanadora. Su mirada se mantuvo atenta, reconociente y reconocida, a los signos que le hablaban, en su mismo cuerpo, de una Presencia que le ha llevado a trascenderse, a buscar la *Fuente de la Salud* y «beber» nuevamente de ella.

En el presente artículo pretendemos descubrir cómo en este encuentro Jesús se desvela ante los leprosos como hermano que está atento a su grito de misericordia, y que ha salido al camino para invitarles a participar de la comunión con Dios, aunque sólo uno de ellos acoja esa provocación radical. Rastreamos cómo Jesús se acredita con todo su ser, con su referencia al Dios que le ha confiado un Proyecto de Vida para todas y todos, y con su disposición gratuita e incondicional para hacer realidad la inclusividad del Reino.

I. ALTERIDAD EN LA PRAXIS SANADORA DE JESÚS

Lucas da gran relevancia a la actividad taumatúrgica de Jesús ofreciéndonos un amplísimo material de milagros, entre los que se hallan va-

rios que Marcos no relata¹. La presentación que nos hace del Jesús que cura y realiza hechos portentosos muestra muchas coincidencias con el modo de actuar de otros *sanadores populares*²; sin embargo, el origen que Jesús reclama de su poder sanador revela claras diferencias, imprescindibles para comprender de lleno su actividad terapéutica.

Al estilo de la mayoría de los *sanadores tradicionales* de su tiempo³, Jesús se mueve de un lugar a otro (Galilea y sus alrededores)⁴, sana en público a los enfermos y a los poseídos por espíritus inmundos, no discute las explicaciones de la gente sobre el origen y significado de sus enfermedades, ni pone objeciones a su descripción de los síntomas. En línea con la cosmovisión mediterránea de la salud, comprende que su mal afecta no sólo a su realidad física, sino que altera todo el entramado de relaciones socio-religiosas en las que están integrados⁵.

El relato de la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19) ofrece, en *primer lugar*, una noticia de itinerario, y sitúa, en *segundo lugar*, la actuación de Jesús en ámbito público, en concreto, en un pueblo (κώμην)⁶ del que no se recuerda su localización precisa. Se aportan simplemente coordenadas geográficas genéricas⁷: está situado de camino a Jerusalén, por los confines entre Samaría y Galilea (vv. 11-12a).

¹ El evangelio de Lucas es el que contiene más narraciones de milagro: en total, veinte relatos de milagro, mientras que en Mateo se hallan dieciocho, y en Marcos, diecisiete. Además, es de resaltar que refiere algunas narraciones que Marcos no tiene: la pesca abundante (Lc 5,1-11); el siervo del centurión (Lc 7,1-10); la viuda de Naín (Lc 7,11-17); el endemoniado mudo (Lc 11,14-15); la mujer encorvada (Lc 13,10-17); el hidrópico (Lc 14,1-6), los diez leprosos (Lc 17,11-19), y la curación del siervo del sumo sacerdote (Lc 22,47-53).

² Entre ellos, Apolonio de Tiana (filósofo pitagórico del siglo I d.C.), y los judíos, Honi (siglo I a.C.) y Hanina ben Dosa (siglo I d.C.), conocido por sus milagros y poderes sobre los demonios.

³ En el mundo mediterráneo antiguo, el sector étnico lo integran una gran variedad de sanadores tradicionales, no profesionales, no burocráticos y especialistas: magos, exorcistas, taumaturgos y sanadores populares, como las parteras. A éstos, hay que añadir la medicina étnica que se desarrolla en ámbitos sagrados.

⁴ Lucas prescinde de la presencia de Jesús en territorio gentil y, de hecho, omite la sección marcana de 6,45-8,27, que enmarca la actividad de Jesús en Betsaida, la región de Genesaret y Tiro y Sidón.

⁵ Cf. I. PRESS, «Witch Doctor's Legacy: Some Anthropological Implications for the Practice of Clinical Medicine», en: N. J. CHRISMAN - T. W. MARETZKI (eds.), *Clinically Applied Anthropology: Apologists in Health Science Settings*, Dordrecht 1982, 179-188. La curación del paralítico es muy explícita en este sentido, ya que lo primero que hace Jesús es decirle al hombre: «tus pecados te son perdonados» (Lc 5,20).

⁶ Otras referencias lucanas de curaciones en pueblos: Lc 5,12 y 9,6. En otras ocasiones: Lc 8,1; 9,52.56; 11,1.

⁷ Hay que señalar, además, que la expresión griega *dia meson* (Lc 17,11) es confusa y es una indicación del desconocimiento que el evangelista tenía de la geografía de Palestina (el versículo es elaboración lucana). Cf. H. CONZELMAN, *The Theology of Saint Luke*, London 1960, 68-73; J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, Madrid 1987, 799.

Jesús se mueve entre los lugares cotidianos de las personas (sus casas, el camino, la sinagoga). Su itinerancia y su permanencia en lugares accesibles, a todas y todos, proporciona múltiples ocasiones para que le encuentren y le lleven a sus enfermos: «todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban (ἤγαγον); y, poniendo él las manos sobre cada uno de ellos, los curaba» (Lc 4,40)⁸. La accesibilidad de Jesús es mayor que la ofrecida por las distintas deidades que residen en los santuarios y a las que acude la gente en busca de sanación, ya que Jesús se acerca a sus lugares de vida facilitando así el acceso a un bien tan escaso como el de la salud⁹.

Jesús actúa en lugares donde sus acciones son visibles a los ojos de todos y, de una u otra manera, su conducta puede así ser controlada socialmente¹⁰. Esta característica lo diferencia esencialmente del mundo de la magia, cuyos rituales se efectúan en ámbitos no públicos. El hecho de que sane a la vista de todos reporta beneficios a Jesús, como sanador (su prestigio queda a salvo), y a la persona enferma que puede regresar entre los suyos sin generar sospechas de haber robado el bien de la salud a nadie. Por otra parte, la comunidad puede, de este modo, sancionar con su juicio las decisiones tomadas de acuerdo al sistema de creencias com-

⁸ Finalizada la curación de la suegra de Pedro en su casa, y plausiblemente estando allí, Lucas nos refiere las numerosas personas que acudían a él buscando ser sanadas (Lc 4,40-41). Siguiendo los relatos de curaciones nos encontramos con que le llevan (φέροντες) a un paralítico a la casa en la que está enseñando (Lc 5,18). A él también acude el centurión para que sane a su criado cuando entra (εἰσῆλθεν) a Cafarnaúm (Lc 7,1.3). Acude a la sinagoga los sábados junto con otros judíos y allí también cura (εἰσελθεῖν, Lc 6,6-11; ἦν δὲ διδάσκων, Lc 13,10-17); se detiene para encontrarse con la gente, enseñar y curar («se detuvo [ἔστη] en un paraje llano», Lc 6,17), se llega (ἐλθεῖν) a sus casas (p.e., la de uno de los jefes de la sinagoga, Lc 14,1-6); se acerca (ἐγγίσειν) a Jericó por el camino (Lc 18,35).

⁹ El santuario de Epidauro guardaba una inscripción en la que cuenta que una tal Sostrata, mujer rica sin duda, realizó un largo viaje para ir al templo, [IG IV²1, n. 122 (XXI)]. Según los lugares nombrados en las inscripciones, los hombres se desplazaban grandes distancias para llegar a los santuarios más famosos, debido a la gran libertad de movimientos que tenían; mientras que la mayor parte de las mujeres acudían a los que están en su propia ciudad o a los más próximos, acompañadas por el marido o la familia, como se ve, por ejemplo, en el santuario de Asclepio en Atenas, donde las inscripciones se refieren principalmente a mujeres. Cf. L. WELLS, *The Greek Language of Healing from Homer to New Testament Times*, Berlin-New York 1998, 27.36.41.

¹⁰ Cura a la suegra de Simón en su casa y en presencia de varias personas (ἠρώτησαν, Lc 4,33); devuelve la salud al paralítico delante de la multitud y de fariseos y doctores de los que habían venido de todos los pueblos de Galilea y Judea, y de Jerusalén (Lc 5,17.19); cura a distancia al siervo del centurión en presencia de la multitud (Lc 7,9); escribas y fariseos en la sinagoga (Lc 6,6.7); el episodio de curación de la mujer con flujo de sangre sucede en medio del gentío (Lc 8,45); gente, adversarios y jefe de la sinagoga en la curación en sábado de la mujer encorvada (Lc 13,14.17); cura al hidrópico delante de legistas y fariseos (Lc 14,3); en la entrada del pueblo (Lc 17,12); devuelve la vista al ciego en el camino en presencia de mucha gente (Lc 18,35-40).

partido, y permite así que se mantenga la estabilidad y armonía comunitaria¹¹.

En distintas ocasiones, los peticionarios identifican el mal que sufren, dando a conocer el concepto que tienen de la enfermedad padecida, y Jesús responde a su súplica sin discutirles las nociones y significados que otorgan a la enfermedad que padecen y a su tratamiento¹².

Todos estos datos nos aproximan a un Jesús cercano a la gente, a sus gozos y esperanzas; un Jesús que se hace el encontradizo con ellos, les respeta en su dignidad y les atiende en su singularidad. Es un sanador que se sabe unguado con el Espíritu del Señor (Lc 4,18.21), y enviado a sanar toda dolencia eligiendo el camino del abajamiento, de la desapropiación, de la entrega de la vida que genera comunión. Su actividad terapéutica es expresión de quien, por amor, abrazó la existencia humana y la plenificó.

II. JESÚS, UN SANADOR HONORABLE QUE RECLAMA EL PODER DE DIOS

El relato lucano se abre casi inmediatamente con la pretensión que los leprosos manifiestan abierta e insistentemente de penetrar en el espacio social de Jesús. Como sanador reconocido, Jesús recibe un *desafío positivo* a su honor cuando los leprosos le invocan como maestro pidiéndole a gritos que tenga misericordia de ellos (Lc 17,13)¹³, es decir, que se haga cargo del mal que padecen y de las consecuencias que tiene en su red de relaciones¹⁴.

¹¹ Cf. B. J. MALINA, *The New Testament World. Insights from Cultural Anthropology*, Atlanta 1981, 94-96.

¹² Esto es lo que A. M. KLEINMAN, *Patients and Healers in the Context of Culture*, Berkeley 1980, 105, denomina «modelo explicativo». En el evangelio de Lucas, el leproso pide a Jesús: «Señor, si quieres, puedes limpiarme (καθαρίσαι)», y él le responde: «Quiero, queda limpio (καθαρίσθητι)» (Lc 5,12-13); acepta la creencia del centurión de que puede sanar a distancia a su criado sin acercarse a la casa (Lc 7,6-10); el ciego de Jericó le suplica: «Señor, que vea» y Jesús le dijo: «Ve» (Lc 18, 41).

¹³ Todas las historias de milagros son ocasiones en las que los enfermos desafían positivamente a Jesús esperando de él que los cure. Son igualmente desafíos positivos el hecho de recibir una palabra de alabanza (Lc 18,18-19; «Maestro bueno [σιδάσκαλε ἀγαθέ], ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?»), o la petición de actuar como árbitro en una querrela (Lc 12,13-21), o el ofrecimiento a seguirle donde vaya (Lc 9,57-62).

¹⁴ La dificultad que algunos exegetas encuentran en interpretar este grito de curación (¿una limosna o una curación?) podría resolverse teniendo en cuenta que en las sociedades mediterráneas antiguas, la enfermedad se concibe de un modo holístico, es decir, como una

La insistencia de los leprosos de ser reconocidos en la desnudez de su rostro¹⁵ se visibiliza en sus acciones: salieron al encuentro de Jesús, se detuvieron para ser vistos y levantaron sus voces (Lc 17,12.13). Y la respuesta de Jesús no se deja esperar. Si bien ellos, cumpliendo probablemente las prescripciones levíticas, se pararon a lo lejos (ἔστησαν πόρρωθεν, Lc 17,12), Jesús, con su mirada, acorta las distancias y se aproxima a ellos ofreciéndoles una palabra sanadora. No queda indiferente ante su presencia suplicante, ante los «rostros que le hablan»¹⁶; recibe una interpelación a su libertad y responde adecuadamente haciéndose responsable de su vulnerabilidad. Los leprosos le han pedido que tuviera compasión de ellos, un modo de suplicarle que se aproximara a su sufrimiento y fuera solidario con ellos. Y Jesús no permanece inmutable sino que se muestra compasivo, ofreciendo una respuesta que plausiblemente ha valorado las razones y está en consonancia con sus prioridades. Su gesto, como su Palabra y toda su actuación taumática, es expresión de que «el Reino de Dios está entre vosotros» (Lc 17,21), frente a sus oponentes que no le creen y le acusan de blasfemo (Lc 5,21). Acogiendo la petición de los leprosos proclama una vez más que ha sido enviado a liberar a los excluidos y rechazados, a los que sufren y están apartados.

1. Jesús, un sanador reconocido por todo el pueblo

La narración lucana aporta diversos datos que demuestran las credenciales y los fundamentos de la praxis sanadora de Jesús (*honor adquirido*), de modo que quien se le acerque pueda confiar plenamente en él:

- a) Los leprosos se dirigen a Jesús llamándole por su nombre, una indicación de que la fama de Jesús como sanador se ha extendido por todo el territorio (cf. Lc 7,22)¹⁷.
- b) Se resalta la absoluta confianza de los leprosos en este sanador que, sin que se haya verificado aún la curación, van a mostrarse al sacerdote según se les ha ordenado¹⁸. El hecho de obedecer la

alteración global del ser que acarrea sufrimiento y quiebra en las funciones, roles, e interacciones de las personas. Y que, por consiguiente, la compasión solicitada es un reclamo de cuidado de toda la persona. Una perspectiva que no tiene en cuenta: J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, 802.

¹⁵ Retomando una expresión de E. LÉVINAS, *Le temps et l'autre*, Paris 1985, 83.

¹⁶ Cf. E. LÉVINAS, *Humanismo del Otro Hombre*, Madrid 1993, 45.

¹⁷ Cf. H. VAN DER LOOS, *The Miracles of Jesus*, Leiden 1965, 497.

¹⁸ La curación difiere, en este sentido, de la del leproso en Mc 1,40-45 y par. Allí, Jesús le toca y queda limpio, e inmediatamente recibe la orden de ir al sacerdote.

palabra de alguien que es superior a ellos supone igualmente una adjudicación de honor¹⁹. Su palabra imperativa: «Id y presentaos (πορευθέντες ἐμδείξατε) a los sacerdotes» (Lc 17,14), no es discutida, evidenciando de esta manera el reconocimiento que hacen no sólo de su *status* y su poder, sino también de la legitimidad de la autoridad que se manifiesta en su palabra²⁰.

- c) Estamos ante una curación total, realzada en este episodio por el hecho de que se verifica mientras van de camino²¹, y que, en ningún caso, el texto permite que se interprete como una curación gradual. El hecho de que se verifique a distancia está puesto al servicio de la segunda parte del relato, momento en el que el samaritano, limpio ya de la lepra, volvió a agradecerse a Jesús, quien le otorga el reconocimiento de que su fe le ha salvado (Lc 17,19).
- d) Al invocar a Jesús²² como «maestro» (ἐπιστάτα, Lc 17,13)²³, los leprosos emplean un título con el que le reconocen superior a ellos en *status* y en autoridad²⁴.
- e) El gesto de volver a dar gracias es una indicación del éxito de la curación y de la confianza del samaritano de que nunca más volverá a sufrir lepra²⁵.

2. Dios es la fuente del poder sanador de Jesús

Las curaciones constituyen el principal aval que sostiene el prestigio y la autoridad de Jesús y se erigen como fundamento de sus reivindicacio-

¹⁹ Cf. B. J. MALINA - J. H. NEYREY, *First Century Personality: Dyadic, Not Individualistic*, en J. H. NEYREY (ed.), *The Social World of Luke-Acts. Models for Interpretation*, Peabody 1991, 93-95.

²⁰ Así se expresó la gente presente en la sinagoga, después de realizar un exorcismo: «¡Qué palabra ésta! Manda con autoridad (ἐξουσία) y poder (δυνάμει) a los espíritus inmundos y salen» (Lc 4,36). El honor de los superiores está en mandar y el de los que son subalternos en obedecer. La curación del sirvo del centurio lo expresa muy bien (Lc 7,1-10). De un padre honorable también se espera que sus hijos le obedezcan (1Tim 3,4-5; Heb 12,7-11).

²¹ Estamos ante una curación a distancia, como otras que aparecen en los evangelios: Mc 7,29; Mt 8,13; Jn 4,50.

²² El nombre de Jesús aparece en el evangelio de Lucas casi noventa veces; de ellas, sólo ocho veces lo emplea una persona distinta del narrador (cf. Lc 1,31; 4,34; 8,28; 17,13; 18,37-38; 23,42; 24,19).

²³ Es significativo el hecho de que el evangelista sólo pone este título en boca de sus discípulos y de los diez leprosos.

²⁴ Cf. O. GLOMBITZA, *Die Titel didaskalos und epistatês für bei Lukas*: ZNT 49 (1958) 275-278; A. OEPKE, *ἐπιστάτης* TDNT 2 (1964) 622-623.

²⁵ Cf. B. J. MALINA - R. L. ROHRBAUGH, *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I*, Estella 1996, 288-289.

nes personales (*honor adquirido*), aunque sean discutidas por algunos grupos judíos. Junto a ello, es una creencia compartida en el mundo mediterráneo que, en algunos casos singulares, la misma divinidad *asigna* poderes y sabiduría especiales a algunos sanadores étnicos²⁶.

El Jesús sanador enlaza con estas tradiciones que subrayan la presencia de Dios en hechos portentosos, pero el evangelio de Lucas lo presentará con el máximo honor, suministrando así una clave básica para comprender la identidad y las realizaciones de este mediador único: de estirpe sacerdotal y real (Lc 1,5.27; 2,4), Jesús es el «Hijo del Altísimo» (Lc 1,32), el «Hijo de Dios» (Lc 1,35), el «Salvador», el «Cristo» y el «Señor» (Lc 2,11; cf. Lc 2,30-32).

Dios mismo se referirá a Jesús como el «Hijo amado» en la escena del bautismo (Lc 3,22), y se lo repetirá de nuevo en la Transfiguración, añadiendo ahora que es también su «Elegido» (Lc 9,35). Con estas declaraciones el tercer evangelio se abre con una demanda retórica: las palabras y hechos de Jesús cuentan con la autoridad de Dios, con quien él mantiene una relación de patrón-cliente única (cf. εὐδοκέω, Lc 3,22).

A) La legitimidad del poder sanador de Jesús

Jesús da inicio a su misión sabiéndose enviado a Galilea «por la fuerza (δυνάμει) del Espíritu» (Lc 4,14). Es el mismo Espíritu quien le confiere la autoridad para actuar y sanar (Lc 4,18-19; 20,2-8), para expulsar demonios, curar toda dolencia y perdonar pecados (Lc 4,36; 5,24; 7,8). Y Jesús se sabe profeta de un Dios que le ha consagrado para ser no sólo su mensajero sino que, como proclama más adelante, tiene conciencia de que en él, la Palabra que acaba de pronunciar *se ha cumplido hoy* (Lc 4,21). No sólo es portador de una palabra, de una «revelación», sino que él mismo es Palabra de salvación y liberación. Jesús anticipa y encarna esa venida en su propia persona y en su actuación (Lc 4,18ss).

Esta declaración inicial del evangelio resuena más adelante, en el episodio del paralítico, donde Lucas afirma explícitamente que Dios es la fuente del poder sanador de Jesús: «el poder del Señor (δύναμις κυρίου) le hacía obrar curaciones (ἦν εἰς τὸ ἰᾶσθαι αὐτὸν)» (Lc 5,17). Dios mismo le otorga un *honor adscrito* que merece la alabanza de todos cuantos contemplan sus hechos asombrosos.

²⁶ Dios realiza obras milagrosas por medio de *agentes de Dios* legitimados como Honi (Onías), quien reza a Dios para que se acabe la sequía (JOSEFO, *Ant. Jud.* XIV, 22; *mTaan* 3,8). En *mBer* 5,5, se habla de otro agente legitimado por Dios, Hanina, quien era capaz de saber si un enfermo curaría o moriría en su oración. Cf. J. P. MEIER, *A Marginal Jew. Rethinking the Historical Jesus*, II, New York-London-Toronto-Sydney-Auckland 1991, 581-588.

En el relato que nos ocupa, el samaritano, limpio ya de la lepra, regresó donde Jesús «glorificando (δοξάζων) a Dios en alta voz» (Lc 17,15). La alabanza va dirigida a Dios, la fuente última de las curaciones de Jesús, el *patrón* que le ha otorgado la salud, por medio de su intermediario. Con este encomio, el samaritano está, al mismo tiempo, reconociendo la presencia de Dios en la praxis curativa de Jesús²⁷, y confesando, por consiguiente, que Jesús, y no el templo, es el «lugar» para dar gloria a Dios. Se reafirma así el honor de Jesús como intermediario único de salvación²⁸.

En el transcurso de todo el relato, se halla la discusión sobre la legitimidad del poder sanador de Jesús. El evangelista ha querido subrayar el contraste existente entre los nueve leproso y el samaritano leproso que volvió a agradecer su curación a Jesús. De este modo, marca la oposición entre dos autoridades: la de Jesús y la de los sacerdotes del templo. Lo que el extranjero curado ha sido capaz de ver es que las obras de Jesús manifiestan que su poder proviene de Dios, y que la mediación, por excelencia, para acceder a Dios ya no es el Templo, ni los sacerdotes, sino Jesús mismo.

Sus oponentes, como por otra parte les ha sucedido a los restantes leproso, no son capaces de percibir esta sabiduría porque «la llegada del reinado de Dios no está sujeto a cálculo (μετὰ παρατήρησεως)» (Lc 17,20). Las palabras y acciones de Jesús hacen presente ya el Reino de Dios (ἡ βασιλεία τοῦ Θεοῦ ἐν τῷ ὑμῶν ἐστίν, Lc 17,21). Cuentan, por tanto, con la autoridad de Dios, que Jesús comparte con él legítimamente (Lc 4,18-19.32; 6,19; 20,2-8), y no son obra de Beelzebul (Lc 11,15)²⁹.

B) *Un benefactor que hace el bien a todas las gentes*

Además de dar gloria a Dios, el samaritano regresa para agradecer su curación a Jesús (Lc 17,15-19). El vocabulario con el que se describen sus acciones es similar al que se utiliza en contextos de *evergetismo*, en concreto, en episodios que relatan el agradecimiento que se ofrece a los benefactores helenísticos³⁰, subrayándose de este modo, no sólo que Jesús hace el bien a una persona sino, además, beneficia a todas las gentes.

²⁷ Así hacen también el paralítico (Lc 5,25-26) y la gente, testigo de su curación; la multitud que presenció la resurrección del hijo de la viuda de Naim (Lc 7,16); la mujer encorvada (Lc 13,13) y la gente que asistió a su curación (Lc 13,17); y, finalmente, el ciego de Jericó (Lc 18,43).

²⁸ Cf. G. THEISSEN, *The Miracle Stories*, 187.

²⁹ Cf. B. J. MALINA - J. H. NEYREY, *Honor and Shame in Luke-Acts: Pivotal Values of the Mediterranean World*, en J. H. NEYREY (ed.), *The Social World of Luke-Acts*, 58.

³⁰ Cf. F. W. DANKER, *Jesus and the New Age: A Commentary on St. Luke's Gospel*, Philadelphia 1988; Id., *Benefactor: Epigraphic Study of Graeco-Roman and New Testament Fiel*, St. Louis 1982, 406-407.

Dos son los gestos del ritual que se verifica: postración y agradecimiento³¹. Al llegar ante Jesús, el extranjero que fue leproso se postra rostro en tierra (ἔπεσεν ἐπὶ πρόσωπον παρὰ τοὺς πόδας αὐτοῦ, v. 16), mientras le da gracias una y otra vez³² por lo que ha hecho con él (εὐχαρίσθησαν, v. 16)³³. El samaritano rinde honor a Dios como «patrón» del bien de la salud, y a Jesús, como agente divino que hace accesible este beneficio, destinado no solo a Israel, que parece rechazarlo, sino también a los gentiles y extranjeros. Su misión salvadora, recibida de Dios mismo, está dirigida a todos los pueblos. Él es el portador de las promesas mesiánicas de paz, salvación y luz (Lc 2,29-32).

A la luz de estos datos, el gesto de postración del leproso ha de interpretarse como un reconocimiento del *honor adscrito* de Jesús. Situado a sus pies, el leproso reconoce a Jesús como «su cabeza», el lugar de máximo honor del cuerpo³⁴, se declara su servidor y le tributa el honor y el respeto debido a quien es más importante que él agradeciéndole, al mismo tiempo, su favor. Con estas acciones el mismo leproso se visibiliza como alguien honorable a su vez³⁵.

C) *Un profeta escatológico que facilita la salvación a los últimos*

El relato trae a la memoria la actividad sanadora del profeta Eliseo, al curar a Naamán, el sirio (2Re 5,1-27)³⁶. La narración, por tanto, reclama el reconocimiento de Jesús como el profeta escatológico, más grande que Eliseo, que anuncia la Buena Nueva del Reino de Dios con plena autoridad (Lc 4,32.43). Él es un mediador entre Dios y las personas que se identifica con aquellos que están en la periferia y a quienes facilita el acceso a los bienes que Dios les otorga (Lc 4,18-21)³⁷.

³¹ Ambos gestos han de interpretarse juntos. De ahí que el leproso no sólo se postra, como lo haría frente a un señor o un rey (cf. W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Lukas*, Berlin 1961, 337), sino que rinde respeto y reconocimiento a un gran benefactor. Algunos autores, como H. D. BETZ, *The Cleansing of the Ten Lepers (Luke 17,11:19)*: JBL 90 (1971) 327, consideran que la postración del leproso y su acción de gracias implica que Jesús es reconocido como un «hombre divino», un *theios anēr*.

³² Es muy significativo el imperfecto con que se subraya la continuidad de la acción.

³³ En el evangelio de Lucas, Jesús también recibe, en alguna ocasión «gloria». En concreto, cuando enseñaba en las sinagogas de Galilea, la gente *daba gloria* (δοξαζόμενος) a Jesús (Lc 4,15). Véase también: Lc 2,29-32 (salvación, luz y gloria); cf. Lc 2,26.

³⁴ Cf. B. J. MALINA - J. H. NEYREY, *Honor and Shame* 55.

³⁵ Cf. B. J. MALINA - R. L. ROHRBAUGH, *Los evangelios sinópticos*, 288-289.

³⁶ Cf. H. HENDRICKSON, *The Miracle Stories. Studies in the Synoptic Gospels*, San Francisco 1987, 225-226.

³⁷ Cf. H. MOXNES, *Patron-Client Relations and the New Community in Luke-Acts*, en J. H. NEYREY (ed.), *The Social World of Luke-Acts*, 258.

Jesús, profeta del Dios de la misericordia, ha comenzado su ministerio refiriéndose a sí mismo como un profeta que ha experimentado ya el fracaso, la hostilidad y el rechazo (Lc 4,22-24). Como Elías y Eliseo (Lc 4,25-27), sus curaciones y su salvación alcanzan a hombres y mujeres también fuera de Israel y, de modo singular, a los que están más desvalidos. Pero su ministerio causará división, como ya anunció Simeón (Lc 2,34), y provocará que hombres y mujeres tomen una decisión frente a él y su obra mesiánica (Lc 21,16). Sólo otra vez más se llamará a sí mismo «profeta» (Lc 13,32-34), y esta vez lo hará mostrando su disposición a obedecer hasta el final la voluntad de quien lo ha enviado.

Jesús aceptará que la gente le identifique como profeta que devuelve la vida y la salud a quienes más lo necesitan (Lc 7,16; 9,8.19), y en quien Dios se hace visible.

III. EL LEPROSO, MODELO DE FE AGRADECIDA

La narración de Lc 17,11-19 se compone de dos escenas claramente diferenciadas³⁸. Al relato de milagro inicial (vv. 11-14), se le añade una segunda parte (vv. 15-19), más importante y hacia donde mira todo el relato, que contiene una declaración de Jesús (vv. 17-19)³⁹. En esta segunda unidad, se ofrece un modelo de fe agradecida, según el concepto que Lucas tiene de una persona creyente, contraponiéndolo a quien no confiesa que Jesús es el Hijo de Dios que hace presente el Reino entre ellos (Lc 17,20-21).

1. La provocación de una experiencia de revelación

Todos los leprosos fueron curados, pero uno solo, un samaritano, vuelve a agradecer el don que ha recibido, y es el único al que Jesús le dice: «tu fe te ha salvado» (Lc 17,19). La razón que el evangelista aporta es que ese extranjero «se vio (ιδών) curado» (Lc 17,15). Sería un error entender el dato como una simple constatación de su curación. La experiencia del «ver» es esencial en la obra lucana, ya que simboliza la fe de quienes per-

³⁸ El estilo de los vv. 11 y 19 refleja que son claramente de elaboración lucana.

³⁹ Para R. BULTMANN, *Historia de la tradición sinóptica*, Salamanca 2000, estamos ante un apotegma.

ciben la verdadera identidad de Jesús y le acogen⁴⁰. La perícopa de los diez leprosos enfatiza, además, la importancia del ver al marcar el contraste entre los judíos y el extraño a la casa de Israel⁴¹, entre la experiencia de la curación y la experiencia de la salvación.

La contraposición con los otros nueve leprosos pone de relieve igualmente la experiencia del conocer y comprender⁴². Como instrumento activo de conocimiento, los ojos del samaritano se adentran en la profundidad del hecho que se le ha dado vivir y consiente en ser alcanzado por la salvación que le llega en Jesús. El extranjero, que fue curado de su lepra, descubre, acoge y proclama que, en la persona de Jesús y en su praxis, el Reino de Dios ha llegado hasta ellos (cf. Lc 17,21). Así lo muestran sus gestos y palabras: da gloria a Dios, se postra a los pies de Jesús y le da gracias. Éstos constituyen una afirmación más del *honor adscrito* de Jesús, y una palabra creyente asociada a la gratitud. Con sus acciones, el samaritano manifiesta públicamente que Jesús es «la salvación proclamada»⁴³, que Dios mismo actúa en las acciones terapéuticas de Jesús⁴⁴.

Ésta es igualmente la aclamación de la gente sobrecogida después de la resurrección del hijo de la viuda de Naím: «Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16), una declaración de que la gracia y la misericordia de Dios se derrama abundantemente en las acciones en Jesús. Por su parte, el endemoniado de Gerasa, una vez restablecido, es enviado a anunciar «lo que Dios ha hecho por ti», y él, «fue por toda la ciudad proclamando lo que Jesús había hecho con él» (Lc 8,39). El geraseno anuncia una vez más que Jesús es el rostro visible de la misericordia entrañable de Dios⁴⁵.

Lo decisivo de la perícopa de los diez leprosos no es, por consiguiente, la curación sino la experiencia creyente y la salvación que es ofrecida y regalada por Jesús. El ver del samaritano supone por su parte un abrirse a la irrupción del Misterio en su vida, un consentir que la experiencia de la Transcendencia en su vida le transforme y le haga volver (ὑπέστρεψεν) a la fuente de su salud. El ver es, por ello mismo, experiencia de alteridad ra-

⁴⁰ La obra lucana comienza y finaliza con citas y alusiones al AT que implícitamente equiparan el ver la salvación de Dios con la respuesta al misterio de Jesús (Lc 2,29-32; Hech 28,26-28). Cf. D. HAMM, *Sight to the Blind: Vision as Metaphor in Luke*: Bib 67 (1986) 457-477.

⁴¹ El narrador lo identifica como «samaritano» (v. 16), pero Jesús se dirige a él como «extranjero» (ἀλλογενής, v. 18).

⁴² Cf. J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, 796.

⁴³ Cf. J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, II, Madrid 1987, 323.

⁴⁴ «Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado (ἀποδεδειγμένον) por Dios entre vosotros con milagros (δυνάμεισι), prodigios (τέρασι) y señales (σημείοις) que Dios hizo por su medio entre vosotros...» (Hech 2,22). Cf. D. HAMM, *What the Samaritan Leper Sees*, 273-288.

⁴⁵ Véanse en este mismo sentido: Lc 24,52-53: «Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios».

dical que le adentra en la hondura de la donación que ha recibido, y que marcará su existencia provocándole a salir de sí glorificando a Dios y agradeciendo a Jesús que haya sido el mediador-benefactor que le ha otorgado la salud. Ese éxtasis es expresión de su acogida y su respuesta: decisión libre y confianza que asiente a la misericordia de Dios.

2. Tú fe te ha salvado

Las palabras de despedida finales de Jesús: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado» (Lc 17,19)⁴⁶ confirman que, en realidad, la decisión de volver ha sido una respuesta al don recibido previamente; al amor invitante de Dios en Jesús. Hablan de una experiencia que permanece y que podemos suponer determinará el futuro del samaritano, aunque el relato no lo explicita.

El hecho de que Lucas vincule la experiencia de fe con el agradecimiento en este relato se comprende mejor si se compara con otros pasajes del tercer evangelio⁴⁷. En *primer lugar*, la fórmula «tu fe te ha salvado» aparece en dos *textos propios* de Lucas: la curación de los diez leprosos (17,19) y el encuentro con la pecadora perdonada (Lc 7,50), en los que se presenta como «fe agradecida».

Y, en *segundo lugar*, las *adiciones lucanas* a Marcos nos encaminan en esta misma dirección: en la curación del paralítico acentúa la experiencia de fe añadiendo que el hombre se fue a casa «glorificando a Dios» (δοξάζων τὸν Θεόν, Lc 5,25).

En el relato del ciego de Jericó, Lucas añade que, una vez curado, el ciego le seguía «glorificando a Dios» (δοξάζων τὸν Θεόν, Lc 18,43), pero no es menos significativo el hecho de que la multitud alabó (ἔδωκεν) a Dios porque vio (ἰδὼν) la curación del ciego y su respuesta dando gloria a Dios (Lc 18,43)⁴⁸. Es importante notar, además, que Lucas cambia el imperativo marcano «vete» (ὑπάγε, Mc 10,52) por «ve» (ἀνάβλεψον, Lc 18,42)⁴⁹. El ciego reconoce la presencia de Dios en Jesús al Hijo de David, al Salvador, y una vez que recobra la vista lo sigue en el camino. En su redacción, Lucas ha introducido elementos que vinculan la experiencia creyente con el ver y con el agradecimiento. La experiencia de ver quién es realmente Jesús le sitúa como paradigma de un verdadero creyente.

Por último, la mujer sanada de flujo irregular de sangre proclama (ἀπήγγειλεν) su curación delante de todo el pueblo (ἐνώπιον παντὸς τοῦ

⁴⁶ Esta misma expresión la encontramos en otros pasajes lucanos: Lc 7,50; 8,48.50.

⁴⁷ Cf. G. THEISSEN, *The Miracle Stories*, 138-139.

⁴⁸ A. PAUL, *La guérison de l'aveugle (des aveugles) de Jéricho: Foi et Vie* 69 (1970) 56-58.

⁴⁹ D. HAMM, *Sight to the Blind*, 462.

λαοῦ, Lc 8,48). En este caso el evangelista vincula el motivo de la fe con la aclamación y la gratitud, enfatizando así el carácter afectivo de la experiencia creyente.

Los auténticos discípulos/as de Jesús son aquellos que, llenos de alegría, alaban a Dios por todos los milagros (δυνάμεων) que han visto (Lc 19,37).

IV. JESÚS: SALVACIÓN UNIVERSAL Y OFERTA DE VIDA A LOS ÚLTIMOS

La segunda parte del relato contiene alguna indicación de que Lucas ha incluido en este momento una curación que le provee el marco para insistir en el carácter universal de la misión de Jesús⁵⁰. Camino de Jerusalén, lugar donde el enfrentamiento con las autoridades religiosas se agudiza, el evangelista incluye un milagro con una declaración de Jesús que manifiesta que, como ya dijo Simeón, Él es la salvación preparada por Dios para todos los pueblos, y la luz que ilumina a los gentiles (Lc 2,29-31).

Por *un lado*, el narrador acentúa el hecho de que el leproso que vuelve a agradecer su curación sea un samaritano, incluyendo el pronombre personal αὐτός (Lc 17,16). Por *otro*, Jesús se refiere a él con el término «extranjero» (ἀλλογενής), un vocablo que en los LXX designa especialmente a los «paganos» (Ex 12,43; 29,33; 30,33; Lev 22,10)⁵¹. Finalmente, parece que Lucas ha compuesto su narración siguiendo el modelo de la curación de Naamán, el sirio (2Re 5,8-19), queriendo mostrar que Jesús es un profeta como Eliseo, pero mayor que él⁵².

Jesús es enviado a los pobres, a los cautivos, a los ciegos y oprimidos, es decir, a los que han sido *condenados* a los márgenes y son despreciados (Lc 4,16-20)⁵³. Entre ellos está el samaritano, o la mujer que unge a Jesús y recibe su perdón, o Zaqueo. Quienes de ellos han recibido la Buena Nueva y han acogido la gracia que en Jesús se les ha comunicado, pasan a formar parte de la Mesa del Reino. Más aún, para Lucas son mo-

⁵⁰ Cf. G. THEISSEN, *The Miracle Stories*, 187.

⁵¹ Cf. F. BÜCHSEL, *ἀλλογενής*: TWNT I (1966) 266-267.

⁵² Así lo ha demostrado: W. BRUNERS, *Die Reinigung der zehn Aussätzigen und die Heilung des Samariters, Lk 17,11-19: Ein Beitrag zur lukanischen Interpretation der Reinigung von Aussätzigen*, Stuttgart 1977.

⁵³ Cf. J. PELÁEZ DEL ROSAL, *Los milagros de Jesús en los evangelios sinópticos. Morfología e interpretación*, Valencia 1984.

delos de fe o confianza en el poder divino que Jesús tiene para curar, salvar o perdonar⁵⁴, en agudo contraste con los dirigentes judíos, ejemplo de incredulidad.

El samaritano, al igual que otros marginados, *recibe* a Jesús y al hacerlo recibe a Quien le envió (δέξεται-δέχεται, Lc 9,48). También Naamán, una vez curado, acoge al Dios de Israel (2Re 5,18). La postura del samaritano es, en sí misma, una contestación a los oponentes de Jesús, las autoridades religiosas, que le acusan de blasfemo (Lc 5,21), y lo tratan como alguien sin honor que al proclamarse «Hijo de Dios» ha cometido un sacrilegio (Lc 22,70)⁵⁵.

El que para los judíos era alguien inferior, sospechoso de herejía..., etc. se convierte en paradigma de fe para la comunidad creyente⁵⁶. Jesús, no sólo no lo discrimina, sino que, además, exalta su figura al presentarlo como quien ha creído en su salvación, más aún, en él mismo⁵⁷, como muestra el último versículo probablemente de elaboración lucana (Lc 17,19)⁵⁸.

Jesús había recibido un reto positivo a su honor cuando los leprosos le suplican misericordia (Lc 17,13) y Jesús respondió afirmativamente, ofreciendo a todos, junto con la curación, la salvación que viene de Dios. A la luz de todo el relato, su actuación es vergonzosa para los judíos porque, como intermediario del poder sanador de Dios, debería haber otorgado el bien de la salud solamente a los de la «familia de Dios» (cf. Mc 7,27). Los samaritanos, gentiles y pecadores, catalogados de «extraños», no tendrían derecho a ello en la perspectiva mediterránea. Sin embargo, a lo largo de todo el evangelio, Lucas presentará a un Jesús que reúne en torno a sí a una familia en la que están incluidos todos y todas. Sus cánones para medir la honorabilidad y la vergüenza difieren de los de sus oponentes, que creen en un Dios de la santidad y no en un Dios que es misericordia regalada de balde y universal (cf. Lc 7,36-50; Lc 15)⁵⁹.

Por último, el milagro refleja cómo la universalidad de la misericordia de Jesús alcanza incluso a aquellos que no vuelven a agradecerle la curación que de él recibieron. La salvación que Jesús ofrece es completamente

⁵⁴ Cf. J. D. KINGSBURY, *Conflicto en Lucas. Jesús, autoridades, discípulos*, Córdoba 1991, 62.

⁵⁵ Es probable que este relato le sirva a Lucas también en su polémica anti-judía (cf. Lc 7,9; 10, 29-37; 18, 9-14). Cf. H. D. BETZ, *The Cleansing of the Ten Lepers*, 319.

⁵⁶ Cf. H. D. BETZ, *The Cleansing of the Ten Lepers*, 319.

⁵⁷ También en el libro de los Reyes, Naamán, el leproso sirio, que llegó hasta Eliseo para pedirle su curación es presentado como una persona que actúa correctamente, al contrario que su criado Guejazí. También la tradición joánica mantiene una actitud positiva hacia los samaritanos (cf. Jn 4,1-42).

⁵⁸ Que el v. 19 pertenece con bastante probabilidad a la redacción lucana es afirmado por la mayoría de los autores. Véase J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, 794.

⁵⁹ Cf. B. J. MALINA - J. H. NEYREY, *Honor and Shame*, 52.

gratuita y libre. No depende en absoluto de la respuesta humana. Su oferta es incondicional. De hecho los otros nueve leprosos quedaron curados, pero fueron incapaces de percibir el don ofrecido de valde⁶⁰. Jesús es gloria de su pueblo Israel (Lc 2,32b), como es revelación de los gentiles⁶¹.

Jesús hace el bien sin excluir a nadie, tal y como se descubre en todos los episodios de curación y en los sumarios que acentúan el que todos cuantos se acercaban a él eran curados (Lc 4,40; 5,15, 6,19; 7,21; 8,2). Lucas evidencia así la magnanimidad⁶² de Jesús, no sujeta al imperativo aristotélico, vigente en todo el mundo antiguo, de que el bien se hace exclusivamente con quien se lo merece. El Jesús de los caminos se deshace en ternura por cada persona desvalida y necesitada. Él es el rostro de la misericordia entrañable de Dios a toda la humanidad, que ha quedado oculto para quienes se creen sabios y justos y, en cambio, es percibida y acogida por quienes son estigmatizados y rechazados.

⁶⁰ Así piensa: H. VAN DER LOOS, *The Miracles of Jesus*, 502-503.

⁶¹ Parece que existe un paralelo entre los dos hemistiquios (v. 33). Cf. J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, II, 260.

⁶² «La magnanimidad (μεγαλοψυχία) es la virtud de otorgar grandes beneficios (μεγάλων ποιητική εὐεργετημάτων); miseria (μικροψυχία) lo contrario» (Ret. I 1366b; cf. Et. Nic. IV 1119b-1128a).